

## AFRICA Y SUS PROBLEMAS \*

Es obvio que en un continente tan extenso y polifacético como Africa, han de ser muy numerosos los problemas que se ofrecen a la consideración y al estudio, y gran número de ellos poseen entidad suficiente como para merecer nuestra atención. No obstante, dado el breve plazo de tiempo de una conferencia, nos vemos forzados a elegir algunos de los más significativos por su actualidad. Así, nos centraremos en tres cuestiones de intrínseca importancia, que ocupan con harta frecuencia las primeras páginas de los medios de información. Son: el hambre, las luchas que ensangrientan el suelo africano y la cuestión del *apartheid*.

Uno de los mayores problemas que tiene planteados el continente africano es el de hacer frente a la creciente desnutrición que —hablando en términos generales— se registra entre sus poblaciones. Una parte muy considerable de los africanos padecen hambre habitualmente, y cuando se producen circunstancias excepcionales —como durante la extraordinaria sequía de 1972 a 1976—, se registran espantosas catástrofes, como la que aniquiló el Sahel, causando la muerte de centenares de millares de personas, el éxodo de varios millones de seres, la desaparición de los ganados y las tierras de cultivo y la desertización de cientos de miles de kilómetros cuadrados en una franja de Estados contiguos al gran desierto del Sahara (Senegal, Malí, Alto Volta, Níger, Chad, Sudán y Etiopía).

Esa gran catástrofe no fue, en el fondo, un acontecimiento totalmente imprevisible, porque, desde hace muchos años, los Organismos internacionales, dándose cuenta del problema de la destrucción de los suelos, vienen sugiriendo la adopción de las medidas adecuadas para conjurarlo, multiplicando los estudios para determinar con exactitud las causas a que obedece. Existe un factor que si bien no constituye en sí el origen del problema, determina en la actualidad su alarmante

---

\* Conferencia pronunciada en la Sociedad de Estudios Internacionales el 7 de abril de 1978.

agudización: es el vertiginoso incremento demográfico que se observa en Africa. Para satisfacer las demandas de una población que crece a ritmo tan considerable, la producción agrícola sólo podría asegurar cosechas en alza constante cuando existiese una determinada fertilidad en los suelos.

Pero éste ha sido destruido en gran parte, desde hace siglos, por una explotación anárquica y anticientífica, lo que motiva sus mediores rendimientos. Así, el continente africano ha podido ser definido por Harroy como «la tierra que muere». Levingstone decía que Africa es un viejo continente cuya piel está perforada por los huesos. Ahora se pagan las consecuencias de aquella «agricultura itinerante» desarrollada por los primitivos grupos étnicos bantúes durante su lenta emigración desde un lugar próximo a las fuentes del Nilo hasta sus actuales emplazamientos. Aquellas hordas escogían un lugar de la selva que incendiaban para roturarlo, sirviendo las cenizas como abono. Durante dos o tres años permanecían cultivando el terreno, y cuando daba señales de improductividad se trasladaban a otro lugar donde repetían la operación. Aquellos grupos humanos en perpetua marcha dejaban tras sí un terreno devastado, ya que el papel destructor de los incendios ha sido subrayado por los especialistas en cuestiones tropicales que hacen resaltar la acción inhibidora que ejercen, impidiendo la nueva creación del bosque y evitando la reconstrucción de la cobertura vegetal. La violencia de las lluvias ecuatoriales altera y degrada el suelo desnudo, y uno de los mayores dramas que presencia el continente africano es, así, la destrucción por la erosión pluvial de las tierras privadas de protección vegetal debido al incendio o la roturación. Se ha destruido el equilibrio ancestral establecido entre el hombre y la tierra, y la modificación artificial del manto vegetal puede llegar a transformar la naturaleza del suelo, provocando la esterilidad de amplias comarcas, como sucede por doquier en Africa. Así se llegó a la semidesertización del Sahel (que es lo que significa, en árabe, este nombre) y ahora se están sahelizando amplias zonas que escapaban a su influencia. En definitiva, el desierto avanza hacia regiones más meridionales. Mientras en el resto del continente, lejos del Sahara, asoma el caparazón laterítico que aflora al ser arrastradas las tierras por la lluvia. La laterita, esa roca que subyace bajo el manto vegetal africano, aflora ya en inmensos espacios del Africa subsahariana o de Madagascar y se caracteriza por su resistencia y su estabilidad. La laterita es el residuo de la descomposición, bajo la doble acción del calor y del agua, de los suelos antiguos cuyos elementos han sido lexiviados y quedan sólo los hidró-

xidos de hierro y aluminio. Lo que complica el problema de Africa —pues la laterización de los suelos es un fenómeno universal en los trópicos— es la fermentación ferruginosa de la superficie que parece se produce bajo la influencia de un viento desecante como el harmattan. El resultado de estos dos procesos es casi el mismo: una coraza o caparazón muy duro, muy resistente, que cubre el suelo herméticamente: es la ruina de toda agricultura. Entre las causas negativas para los suelos africanos debemos mencionar también el papel de los cultivos de plantas industriales que introdujeron los colonizadores.

Mientras que la superficie cultivada se reduce y las mejores tierras ya están en explotación, el aumento demográfico provoca mayor demanda de productos. Al no ser ilimitadas las tierras disponibles para el cultivo, el agricultor africano queda obligado, después de explotar las tierras de reserva, a cultivar las que se hallan en barbecho, es decir, a disminuir el período de reposo que las leyes de la naturaleza exigen. En ese momento, el equilibrio se rompe definitivamente. El suelo no se regenera suficientemente; los ciclos de cultivo se aproximan gradualmente no permitiendo el necesario reposo y sobre el suelo se ejerce un proceso regresivo que le conduce a la total esterilidad. Los pueblos agricultores africanos iniciaron la destrucción de los suelos y la época actual, con la intensificación del cultivo, han completado el daño.

«La consideración del grave inconveniente que para los países africanos supone un agro destruido por los fenómenos naturales permite situar bien el alcance del problema» —decíamos en una obra escrita en 1972 y publicada al año siguiente (*Anatomía del Tercer mundo*, Madrid. Organización Sala Editorial)—. Y agregábamos: «El hambre que hoy ya abunda en el continente, cuya superpoblación se advierte, ha de agravarse en el futuro y puede tal vez alcanzar en fecha no lejana, las proporciones que padece Asia desde hace tiempo... Al ritmo con que actualmente se efectúa la destrucción de los suelos africanos, por una parte, y con lo que crece la población, por otra, el problema puede plantearse pronto con los más agudos caracteres de tragedia.» Desgraciadamente, estas predicciones nuestras no tardaron en confirmarse, ya que al mismo tiempo que salía el libro de la imprenta comenzaban a divulgarse las primeras noticias de la tragedia del Sahel, agravada en los años siguientes. Cientos de miles de almas perecen de inanición y otros millones se hacinan en los campos de concentración improvisados apresuradamente en los suburbios de las ciudades. Es un drama que no ha terminado y que ha de reproducirse periódicamente.

En este grave problema coinciden dos tipos de factores. Los derivados de una climatología adversa escapan, obviamente, a las posibilidades humanas de evitarlos. Pero existen otros fácilmente solubles si existiese voluntad y preparación en los gobernantes africanos. Así, a pocos kilómetros de los majestuosos ríos Senegal o Níger—cuyas aguas se pierden inútilmente en el mar—, las poblaciones morían por falta de agua para ellas y sus ganados. Desde que en 1960 adquirieran la independencia la mayoría de los Estados ribereños de ambos ríos, los Gobiernos respectivos no han conseguido ponerse de acuerdo para llegar al aprovechamiento integral de aquellos cursos fluviales. No se construyen pantanos, no se procede a la repoblación forestal ni se introducen nuevas técnicas de cultivo. Es decir, que en el drama del Sahel ha tenido importancia decisiva la falta de preparación de muchos de los dirigentes africanos. En los dieciocho años de independencia de la mayoría de los Estados subsaharianos son prácticamente nulas las obras públicas que se han llevado a término. Así, en los momentos culminantes del drama del Sahel, las remesas de víveres que llegaban a los distintos países, como donativo de los Gobiernos occidentales, no podían distribuirse a los habitantes más necesitados por falta de vías de comunicación, o bien porque los propios gobernantes se apoderaban de ellos para venderlos en el mercado negro, dejando perecer de hambre a sus propios compatriotas. Así ocurrió, por citar un solo caso, en el Chad, donde el presidente Tombalbaye—más tarde derrocado y ejecutado en un golpe militar—amasó una fortuna traficando con los alimentos enviados como donativo por Francia y otros países.

\* \* \*

El segundo problema que va a ocupar nuestra atención es el de los sangrientos enfrentamientos que se registran cotidianamente. África es, con toda evidencia, un continente convulso, inestable y proclive a los mayores excesos. Los regímenes nacidos de la descolonización europea han demostrado fragilidad. Unas cifras van a demostrar cuanto decimos. Desde enero de 1963 a abril de 1975—es decir, en doce años—se habrían registrado sólo en el África subsahariana—según el balance publicado por *Le Monde*—nada menos que 28 golpes de Estado militar o sea más de dos al año. Otro dato. Desde la independencia del Sudán, en 1956, hasta 1978—es decir, en veintidós años—, la cifra de muertos en rebeliones, genocidios y guerras, así como las víctimas a consecuencia de las mismas, se eleva, según

cálculos fidedignos, a no menos de 15 millones de africanos, lo que equivale a casi la tercera parte del total de muertos durante la II Guerra Mundial. Son cifras escalofriantes que no cesan de incrementarse diariamente, como lo prueban los conflictos que subsisten en este mismo momento: Somalia-Etiopía, Eritrea, Sahara occidental, Rhodesia, etc.

Estos conflictos pertenecen a dos tipos perfectamente diferentes. Unos son de carácter interno, como consecuencia de la rebelión de una parte de los habitantes de cada Estado, y otros exteriores, surgidos por la confrontación bélica entre dos o más Estados.

Entre los de carácter interno destacan, por su duración—diecisiete años (1956-1973)—, la rebelión de las poblaciones del sur de Sudán (Bahr el Gazal, Equatoria y Alto Nilo), negros no islamizados, contra los gobernantes árabes musulmanes. Fue un conflicto terrible por su crueldad. Uno de los dirigentes de Jartum había declarado en octubre de 1962: «El Sudán es uno por el territorio y debe ser también uno por la lengua y la cultura. Con tal de obtenerlo estamos dispuestos a suprimir las tres cuartas partes de las poblaciones del sur.» Cumpliendo las instrucciones se llevó a cabo una guerra de exterminio, un auténtico genocidio: se incendiaban los poblados y graneros, se aniquilaban los ganados y los cultivos y se exterminaba a las poblaciones, sin distinción de sexo o edad, que no habían huido a los países vecinos antes de la llegada de las tropas de Jartum. Más de cuatro millones de negros sudistas—hombres, mujeres y niños—murieron en esta feroz contienda. La crueldad de esta emergencia determinó que su santidad Pablo VI enviara un mensaje al jefe del Gobierno sudanés, Mahgub, rogándole que terminara con el derramamiento de sangre. El Santo Padre sólo recibió una seca contestación de que se dirigiera a los rebeldes para «que depongan las armas». También debemos señalar que la Organización de la Unidad Africana no quiso nunca enterarse oficialmente de la existencia de esta guerra.

Otro de los dramáticos conflictos que se han desarrollado en el Africa negra fue el de Nigeria (país que engloba más de 300 tribus). Desde la independencia, en 1960, hasta julio de 1964 habían logrado convivir, de forma precaria, los tres grupos étnicos más importantes: haussas, en el Norte; yorubas, en el Suroeste, e ibos, en el Sureste. A partir de esa fecha, los haussas comenzaron el exterminio de los ibos que residían en las comarcas septentrionales, asesinando a varios millares y obligando a los supervivientes a buscar refugio en la región del Sureste, de donde son oriundos. El general Ojukwu, ibo de raza, propuso que Nigeria se dividiese en estados étnicos en vez de los

regionales de que constaba la Federación. Este es el nudo de la cuestión, tanto en Nigeria como en los otros Estados africanos que engloban dentro de sus artificiales fronteras a etnias totalmente diversas y antagónicas que desean autogobernarse en vez de estar sometidas a centralismos dirigidos por miembros de grupos étnicos frecuentemente enemigos. En definitiva, el verano de 1967 se iniciaba una guerra de exterminio entre el Gobierno de Lagos y la República de Biafra, que habían proclamado los ibos. Las tropas nigerianas—con armamento facilitado por la URSS, Canadá, Gran Bretaña y Checoslovaquia—, apoyadas por técnicos extranjeros, se impusieron a los biafreños desde el primer momento, machacando Biafra con bombardeos demoleedores, principalmente sobre mercados, hospitales y escuelas, para quebrantar la moral de la población civil. La contienda duró hasta enero de 1970, y en los dos años y medio de lucha se registraron alrededor de cuatro millones de muertos entre los combatientes y la retaguardia. El hambre subsiguiente a la posguerra ocasionó también un elevado número de víctimas. Ocioso será consignar que la OUA tampoco quiso enterarse de este acontecimiento, a pesar de que cuatro Estados africanos habían reconocido a Biafra.

No vamos a pormenorizar otros casos de belicismo. Sólo mencionaremos, sucintamente, algunas de las emergencias registradas en el Africana subsahariana, entre las que figuran las siguientes:

### *Chad*

Donde continúa una guerra sin cuartel, iniciada en 1965, entre los rebeldes tubbus del Norte (Borku, Ennedi, Tibesti), poblaciones islámicas nómadas, y el Gobierno central, monopolizado por los pobladores negros, animistas y agricultores, principalmente por la etnia Sara, la más importante. Este conflicto dio lugar a la intervención, hace años, de soldados franceses enviados accediendo a la petición de ayuda formulada por el presidente Tombalbaye. Las tropas galas fueron retiradas en 1972, pero la rebelión del FROLINAT continúa con gran vigor.

### *Eritrea*

Las Naciones Unidas decidieron, en 1950, constituir a la antigua colonia italiana de Eritrea como «unidad autónoma federada de Etiopía, bajo la soberanía de la Corona etíope». Desde 1952 a 1962, Eritrea—que no había tenido oportunidad de autodeterminarse—constituyó

una región federada, pero desde dicha fecha el Gobierno de Addis-Abeba suprimió la autonomía y la transformó en una provincia más del Imperio con objeto de consolidar su salida al mar Rojo a través de los puertos de Massaua y Assab. Desde entonces, hace ya quince años, la población eritrea se alzó en armas para defender sus derechos atropellados. Las tropas gubernamentales—antes las del emperador Haile Selassie y ahora las del coronel Mengistu Haile Mariam—despliegan una táctica de tierra calcinada, quemando los poblados y destruyendo cultivos y ganados. En julio de 1977, el Frente de Liberación de Eritrea hace un balance de la lucha: «El derecho a la independencia es inalienable. El pueblo eritreo lo ha probado suficientemente con los inmensos sacrificios que ha arrojado: cien mil muertos, mil poblados arrasados, setecientos mil seres desarraigados, de los cuales doscientos mil se han refugiado en el Sudán, millares de hectáreas de cultivo reducidas a cenizas y centenares de millares de cabezas de ganado muertas...» He aquí el panorama desolador que ofrece esta región, que ahora va a ser acometida por fuerzas sovieto-cubanas para reducirla definitivamente a la obediencia, lo que ha de incrementar fabulosamente las víctimas de esta lucha que adopta las características de un genocidio.

### *Angola*

Aún continúan los encuentros guerrilleros residuales de la gran confrontación bélica iniciada tras la proclamación de la independencia, el 11 de noviembre de 1975. La guerra entre el MPLA (apoyado por cubanos y material soviético) y sus adversarios (el FNLA y Unita) duró más de un año, causando inmensas devastaciones e innumerables víctimas.

### *Burundi*

Sólo mencionaremos dos momentos de la historia reciente de este país anegado en sangre. El primero (1965), cuando Mwambusa IV exterminó a todos sus enemigos por haber organizado un complot para destronarle. El segundo, en 1972, cuando el presidente de la República, coronel Micombero, desencadenó una campaña de exterminio de la etnia Hutu. Fue uno de los genocidios más espantosos que se recuerdan: más de cien mil hutus fueron asesinados por comandos de sus rivales tutsi.

Podríamos recordar otras grandes tragedias que se han abatido sobre Africa tan pronto como sus diversas colonias adquirían el rango de Estados independientes. Así el actual Zaire (ex Congo belga), que registró tres graves emergencias: la de 1960, con la secesión de Katanga, aplastada por las tropas de la ONU; el genocidio de los baluba (denunciado por Dag Hammarskjold); la rebelión «simba» y, en marzo del pasado año, la invasión frustrada de Shaba por tropas procedentes de Angola. Recordamos también la rebelión de los Bamileké, del Camerún; el exterminio de los Peul en Guinea-Conakry; la dura guerra a que ha dado lugar el frustrado intento de secesión del Ogadén etíope; la matanza de Comories en Madagascar en diciembre de 1976 (con más de 1.300 muertos); la insurrección de los negros de Zanzíbar, en enero de 1964, con el degüello de todos los árabes que allí habitaban. Podríamos evocar las matanzas de Uganda: primero, la de los Bagandas, por Apollo Milton Obote; y después, las de su sucesor, el mariscal Idi Amin Dada, que tan siniestra popularidad ha alcanzado. Sin olvidar el tremendo genocidio ubi impuesto por el tirano Macías en la Guinea Ecuatorial, que ha asesinado a decenas de millares de seres y ha obligado a escapar, refugiándose en los países vecinos, a una tercera parte de la población guineana, transformando en apátridas a cien mil seres indefensos. Casos similares se han dado también en Ruanda, Benin, Congo-Brazzaville, Malí, etc.

Entre los conflictos exteriores figuran las guerras entre Argelia y Marruecos, Somalia y Etiopía (la de febrero de 1964) y el reciente choque entre Egipto y Libia, reducido fundamentalmente a intensos bombardeos.

#### EXAMEN DE LA CUESTIÓN

Si examinamos los sucintos antecedentes que hemos expuesto acerca de los innumerables conflictos internos que se han registrado en el continente africano durante los últimos lustros, desde la independencia de los Estados, observaremos que casi todos ellos tienen un denominador común. Es decir, que se trata de la revuelta armada de unos grupos étnicos que se alzan contra otros que pretenden dominarlos o tiranizarlos. Así los ibos contra los haussa, los tubbus frente a los sara, los hutu contra los tutsi, etc.

Para comprender la raíz del problema es preciso recordar que la colonización europea en Africa se efectuó de una forma anárquica y desordenada. Al divulgarse por Europa los informes de los primeros exploradores, dando cuenta de las grandes posibilidades económi-

cas de Africa, se produce una rivalidad entre las potencias europeas para anexionarse territorios coloniales, y para ello envían expediciones militares que pactan con los reyezuelos indígenas tratados de sumisión o protectorado en favor de sus metrópolis respectivas. Tan pronto como se firmaba un pacto, los destacamentos militares izaban la enseña nacional sobre el territorio, que se transformaba en una colonia o en un protectorado. Esa pugna febril que dio en llamarse «imperialismo del kilómetro cuadrado» no tenía más objetivo que apropiarse de la mayor extensión superficial posible. En ese frenesí de rivalidad se daba el caso de que pueblos africanos que habitaban una extensa superficie se veían escindidos por las fronteras que trazaban, caprichosamente, los colonizadores europeos. Así, la etnia o nación Hausa ha quedado dispersada entre Chad, Níger y Nigeria. Por el contrario, tribus enemigas, que se habían combatido encarnizadamente a lo largo de siglos, se encontraban repentinamente englobadas en una misma colonia. Cuando, en 1885, se reunía el Congreso de Berlín, las potencias europeas que se habían repartido el continente aún no habían completado su exploración, por lo que desconocían —y esto no les preocupaba demasiado— su contexto sociológico y étnico. En los mapas de Africa de aquella época subsistían grandes espacios en blanco, correspondientes a regiones inexploradas, que eran *terra incognita*. ¿Cómo iban, en tales condiciones, a trazar fronteras que se acomodasen a los accidentes topográficos naturales o al hábitat que ocupaban determinados grupos étnicos? Pero este desconocimiento no arredraba a los estadistas europeos. Ante la ausencia de datos fidedignos o la falta de accidentes geográficos suficientes para establecer una delimitación, en muchas ocasiones se arbitraba el recurso de fijar las fronteras entre las diversas colonias atendiendo a los paralelos y meridianos, es decir, acudiendo a factores totalmente irreales en la vida normal de los pueblos. Así, el resultado del reparto de Africa fue un mosaico de colonias heterogéneas limitadas por fronteras artificiales fijadas por una expedición militar, misionera o mercantil, o por unos conceptos astronómicos sin contenido real.

El final de la II Guerra Mundial introdujo en los ambientes internacionales el principio del derecho de los pueblos a su libre autodeterminación. Espoleada por la Unión Soviética y los Estados Unidos —que son en realidad los máximos Estados colonialistas, puesto que retienen inmensos territorios siberianos, unos, y Alaska y Hawai, los otros—, la Organización de las Naciones Unidas adoptó una política encaminada a transformar las colonias en Estados independientes. No obstante, el fallo que cometió tanto la ONU como la OUA fue el exigir

que cada colonia africana adquiriese la independencia con las mismas fronteras artificiales que tenía. No se pensó en efectuar los reajustes necesarios para transformar el mosaico de colonias heterogéneas en un conjunto armonioso de Estados homogéneos desde el punto de vista geográfico, económico y étnico. El resultado ha sido trágico, puesto que, en términos generales, al adquirir la independencia cada colonia, una de las etnias, la más numerosa o potente, se ha adueñado de los resortes del poder en cada nuevo Estado, sometiendo a los restantes grupos étnicos a un centralismo dominador. Los que se consideraban marginados se han rebelado, desembocando en esos sangrientos conflictos que hemos referido.

No podía ser otro el resultado dada la heterogeneidad demográfica de los Estados africanos, en los cuales se insertan masas humanas que difieren profundamente en sus rasgos étnicos, religiosos o lingüísticos. Así, la descolonización de Africa ha creado muchos Estados, pero pocas naciones, siendo Somalia tal vez la única excepción. En cada Estado, la descolonización no ha significado, para sus habitantes, otra cosa que el cambio de color de la piel del autócrata que les domina. Cuando las humillaciones se han hecho insoportables, la etnia subyugada —ibos en Nigeria, hutus en Burundi, tubbus en Chad, etc.— se ha levantado en armas contra sus opresores.

Esto quiere decir que la única solución razonable —la que colmaría los deseos de la mayoría de las poblaciones africanas, especialmente las dominadas— sería que cada etnia pudiera gobernarse por sí misma en su propio territorio, sin interferencia de los demás grupos étnicos.

Pues bien, esa solución ideal, que de haberse aplicado desde el principio de la descolonización en todo el continente africano hubiese salvado la vida de muchos millones de africanos que han perecido en los conflictos étnicos, es precisamente la fórmula del *apartheid* o desarrollo separado que viene aplicando la República Sudafricana, y que tantas críticas levanta por parte de quienes ignoran las realidades africanas o de quienes, conociéndolas demasiado bien, están interesados en calumniar a la República Sudafricana por su firme política anticomunista.

El *apartheid* consiste en independizar a todas las etnias o naciones negras, preparándolas previamente para asumir las tareas de su propio gobierno. Para evitar la dominación de unas etnias sobre otras en un territorio común —que es lo que ha promovido las sangrientas rebeliones africanas que hemos mencionado— ha proporcionado a cada etnia su territorio ancestral, el territorio que históricamente le pertenecía —su hogar nacional o *bantustan*—, donde residen con plena

autonomía, sin interferencia de los blancos ni de las restantes etnias, ajustando la vida a sus propias costumbres y tradiciones y usando oficialmente su propia lengua. Mediante esta solución justa y equitativa cada nación bantú se gobierna por sí misma, no está supeditada a ninguna otra y, en definitiva, queda descartada la posibilidad de conflictos étnicos que provoquen el mutuo exterminio. De haberse practicado ese mismo sistema del *apartheid* en otros lugares del continente—cuando se procedió a efectuar la descolonización—, no hubiesen perecido quince millones de africanos en crueles luchas fratricidas y hubiera surgido a la vida independiente un mosaico de auténticas naciones que llevarían una vida solidaria y fraterna, sin necesidad de derrochar sus recursos financieros en armamentos, recursos que podrían aplicar a la elevación del nivel mísero de vida de sus habitantes.

Este es el *apartheid* o desarrollo separado que tantas críticas levanta por la falta de conocimientos de quienes opinan sobre él o por la malévola propaganda surgida de los medios comunistas que convence a gentes incautas que no conocen las realidades africanas. Mediante esta doctrina tan fecunda y positiva, cada una de las naciones bantúes que habitan en Sudáfrica (xhosa, zulú, etc.) reside en su territorio nacional. Dos de esos bantustanes han logrado ya la independencia plena (Transkei, patria de la nación xhosa, y Bophuthatswana, de los tswana). Disponen de todos los atributos de soberanía: jefe de Estado, bandera, ejército, relaciones diplomáticas, etc. Y además cuentan con la ayuda financiera, generosa y espontánea del Gobierno de Pretoria, por lo que no se han visto afectados por la deficiencias económicas que han aquejado a los Estados del continente cuando lograron la independencia. Si los ibos de Nigeria, por ejemplo, hubiesen tenido su propio Estado desde el primer momento, como pretendieron lograr mediante una cruenta guerra, no hubiesen visto perecer a cuatro millones de sus compatriotas, y si los hutus de Burundi poseyesen su propio Estado para autogobernarse separadamente de sus dominadores tutsi, no hubiesen sido diezmados y no se verían obligados a arrastrar una lamentable existencia como apátridas refugiados en los países limítrofes. El *apartheid* o desarrollo separado es la única fórmula aplicable si se desea que el continente adquiera la estabilidad necesaria para su progreso.

La conclusión que se obtiene—de cuanto he observado personalmente en la República Sudafricana y de nuestro contacto directo con otros Estados del continente— es que las poblaciones bantúes que habitan la República de Sudáfrica disfrutan de un nivel de vida infinita-

mente superior al de los otros países, así como que disponen del derecho de autogobernarse en sus propios territorios nacionales hasta el momento en que adquieren la independencia plena, lo que ya han logrado dos Estados, Transkei y Bophuthatswana. Por otra parte, tanto la República Sudafricana como los Estados bantúes son casi los únicos países de Africa que se gobiernan democráticamente mediante el régimen de partidos y el sufragio universal, mientras que casi todo el resto del continente se rige por el partido único o el capricho de un dictador. No obstante, a pesar de hechos tan notorios como fehacientes, existe una campaña mundial de descrédito contra el régimen sudafricano, campaña que alcanza su apogeo en las Naciones Unidas, donde se suceden resoluciones condenatorias del Gobierno de Pretoria con pretexto del *apartheid*.

Que el *apartheid* no solamente no es perjudicial, sino que es la mejor solución para resolver los problemas africanos, ya lo hemos visto, pero la propaganda antisudafricana hace creer que *apartheid* es sinónimo de discriminación racial. Mediante esa argucia atrae muchedumbres que cuando vociferan contra el *apartheid*, en la calle o en los periódicos, creen de buena fe que están favoreciendo a los «negros marginados». La realidad es que el *apartheid* o desarrollo separado nada tiene que ver con la discriminación racial. Es una política que, como hemos explicado, se fundamenta en dotar a cada nación negra de su propio Estado. Esto es precisamente lo contrario de marginar u oprimir al negro. Donde están oprimidas muchas naciones bantúes (ibos, tubbus, bubis, hutus, etc.) es en los restantes Estados africanos que no aplican el *apartheid*. Si la ONU o la OUA desearan sinceramente la libertad de los pueblos negros, tendrían que exigir que todo Estado africano aplicase el *apartheid*. Pero la propaganda enemiga ha sabido falsear, ante las muchedumbres que no conocen Africa, la realidad del desarrollo separado confundién-dola con la discriminación racial, que es un señuelo capaz de movilizar a las masas por motivos humanitarios.

Cierto es que en la República de Sudáfrica aún persisten vestigios de la discriminación racial, residuos que van desapareciendo aceleradamente. Los bantúes sudafricanos van consiguiendo, gradualmente, la plena equiparación de derechos. Es lo mismo que sucedió hace pocos años en los Estados Unidos. Dentro de un lustro o dos la discriminación racial habrá desaparecido en Sudáfrica.

Si el *apartheid* es la mejor solución política para Africa, ¿cuáles son, entonces, las verdaderas razones que inspiran este gigantesco esfuerzo propagandístico para desacreditar al Gobierno de Pretoria?

Debemos contestar esta pregunta situándonos en el marco de la confrontación, a escala universal, que mantienen las dos superpotencias (URSS y USA), que condiciona tantos otros problemas del mundo. La Unión Soviética está demostrando el mayor interés por controlar los puntos claves de Africa, como lo ha logrado en Angola y lo está consiguiendo en Etiopía. Las mesnadas comunistas cubanas—peón de brega de Moscú en Africa— tienen como objetivo final de su lucha en Etiopía que los dos puertos eritreos (Massaua y Assab) queden convertidos en bases de la *Eskadra* soviética. Esos dos puertos del mar Rojo permitirían al Kremlin poseer la llave de la ruta del petróleo por el canal de Suez. Pero el otro camino del petróleo árabe e iraní que Occidente necesita vitalmente es la ruta de El Cabo, camino que siguieron los barcos petroleros durante los años que permaneció cerrado el canal de Suez y que sigue siendo el único posible para los superpetroleros que, por su tamaño, no pueden atravesar Suez. El petróleo es decisivo para la supervivencia de Occidente. Si Moscú logra derribar el régimen anticomunista de Pretoria y se instala en la República Sudafricana un régimen mediatizado por Cuba, como ha ocurrido en Angola, la URSS tendrá en su mano las dos llaves de la ruta del petróleo—mar Rojo y El Cabo—y dependerá de Moscú que, cuando lo estime conveniente, cierre el camino del petróleo y estrangule a Occidente por asfixia energética. Esta es la verdadera razón de por qué—esgrimiendo falsos argumentos— se ataca tan encarnizadamente al Gobierno de Pretoria. Moscú está empleando a todos sus adictos y simpatizantes para que en la prensa y en los demás medios informativos se culmine una campaña que hunda en el descrédito a la República Sudafricana y le permita controlar El Cabo para dar el golpe de gracia a Occidente. Como decía en un libro reciente (*L'Afrique du Sud ou le destin de l'Occident*) un gran pensador francés, Jacques Leguebe, «del éxito o del fracaso de la política que practican los blancos en Africa del Sur depende no solamente la vida o muerte de ese país, sino también la paz o la ruina en el Africa entera y, en fin de cuentas, *la libertad o la esclavitud de Occidente*». Esta es la realidad.

\* \* \*

Al margen ya de esta disertación—en la que hemos efectuado una síntesis de algunos problemas graves, vivos y acuciantes del Africa de nuestros días—quiero dedicar unas palabras sobre otra cuestión que nos afecta directamente como españoles. Ya hemos puesto de relieve la reiterada incapacidad que viene demostrando la Organiza-

ción de la Unidad Africana y su estrepitoso fracaso—es lo menos que puede decirse—ante las múltiples confrontaciones internas que han tenido y tienen por escenario el vecino continente. Hemos demostrado que la OUA no se dio oficialmente por enterada de guerras tan escandalosas como la sudanesa—que duró diecisiete años—o la nigeriana, que se prolongó treinta meses. Sólo en ambas perecieron ocho millones de africanos ante la indiferencia de la OUA, que no intentó encontrar una fórmula resolutive que evitase aquellas hecatombes. No son dos casos únicos, aunque sí los más graves, porque en el Chad viene causando estragos—desde hace trece años—otra confrontación bélica sin que la OUA se haya dignado efectuar ninguna gestión positiva para solucionarla. Tampoco ha intervenido la OUA para evitar los desmanes homicidas de Idi Amin, Macías, Sekú Ture u otros tiranos semejantes que han anegado en sangre a sus países respectivos. Ni figura en sus agendas el conflicto del Ogadén o el genocidio eritreo, como tampoco la presencia de tropas extracontinentales, cubanas, que imponen la ley del terror. En definitiva, es obvio que la OUA constituye un colosal fracaso, un engendro monstruoso de nula utilidad.

Mejor dicho, la OUA no sirve para remediar los auténticos problemas y los conflictos que se producen en Africa, aunque sí sirve para promover nuevas crisis, para crear problemas ficticios, como sucede en el pretendido caso de Canarias, carente de toda justificación. A la indignación que despierta en todo espíritu honesto la impasibilidad de la OUA ante los cotidianos genocidios debemos añadir la repulsa de todos los españoles hacia esa Organización, que pretende romper la integridad de la Patria.

JULIO COLA ALBERICH